

Dc201

75

1846

V-9



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



Biblioteca Universitaria  
de la Universidad de Salamanca

## LIBRO TREINTA Y UNO.

Bailen.

Situación de España durante los acontecimientos de Bayona.—Espíritu de que se hallaban animadas las diversas clases de la nación.—Indignación sorda, pronta a estallar al menor incidente.—Publicación oficial de las abdicaciones arrancadas a Fernando VII y a Carlos IV.—Efecto prodigioso de esta publicación.—Insurrección simultánea de Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, y de los reinos de Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón.—Formación de juntas rebeldes, declaración de guerra a la Francia, levantamiento general y asesinatos de varios generales.—Primeras medidas adoptadas por Napoleón para reprimir la insurrección.—Regimientos aguerridos sacados de París y de los campamentos de Bolonia y de Breaña.—Envío de tropas polacas a la Península.—Reprime el general Verdier el movimiento de Logroño, el general Lasalle el de Valladolid, y el general Frère el de Segovia.—El general Lefebvre-Desnoettes, a la cabeza de una columna, compuesta en su mayor parte de caballería, dispersa a los aragoneses en Tudela, Mallán y Alagón, viéndose precisado luego a detenerse delante de Zaragoza.—Acciones por el general Duhesme en las cercanías de Barcelona.—Marcha del mariscal Monecy sobre Valencia, y residencia del mismo en Cuenca.—Movimiento del general Dupont sobre Andalucía.—Este mismo general encuentra a los insurgentes de Córdoba en el puente de Alcolea, logra deshacerlos, derriba las puertas de aquella ciudad y penetra en ella a viva fuerza.—Saqueo de Córdoba.—Matanza de los enfermos y heridos franceses en todas las calles.—Detención del general Dupont en Córdoba.—Peligrosa situación de la escuadra del almirant Rosily en Cádiz, aguardando a los franceses, que al fin no llegan.—Atacada en la rada de esta ciudad por los españoles, se ve obligada a rendirse después de la mas viva re-

sistencia.—Rodeado por los insurgentes el general Dupont, hace un movimiento retrógrado para que se le incorpore el refuerzo que había pedido, y va á tomar posición en Andujar.—Inconvenientes de esta posición.—Ignorancia completa que se tiene en Madrid del estado de las divisiones del ejército francés, á consecuencia de la interceptación y asesinato de todos los correos.—Inquietud que inspiran los generales Monecy y Dupont.—Envío de la división Frere en auxilio del primero, y de la división Vedel al socorro del segundo.—Nuevos refuerzos mandados desde Bayona por Napoleón.—Columnas de gendarmería y de guardia nacional colocadas en la frontera.—Formación de la división Reille, destinada á levantar el bloqueo que sufría el general Duhesme en Barcelona.—Reunión de un ejército sitiador delante de Zaragoza.—Formación de una división de tropas aguerridas al mando del general Mouton, para contener el Norte de la Península, y escoltar al rey José.—Entrada de este en España.—Lentitud de su marcha.—Lléname José de tristeza al ver á todos sus súbditos sublevados contra él.—Acontecimientos militares en las provincias de su tránsito.—Golpe infructuoso sobre Zaragoza.—Reunión de las tropas insurgentes del Norte de España bajo el mando de los generales Blake y Cuesta.—Movimiento del general Bessieres hacia ellos.—Batalla de Ricosaco, y brillante victoria del general Bessieres.—Bajo los auspicios de esta victoria, apresura el rey José su entrada en Madrid.—Acogida que tuvo en la capital.—Acontecimientos militares en el Mediodía de España.—Campana del general Monecy en el reino de Valencia.—Paso por el desfiladero de las Cabriñas.—Ataque infructuoso contra Valencia.—Retirada por el camino de Murcia.—Importancia de los acontecimientos de Andalucía.—La división Gobert recibe órdenes para secundar á la de Vedel y socorrer al general Dupont.—Situación de este en Andujar.—Dificultades que encuentra para proporcionar viveres á sus tropas.—Calores escesivos.—Vedel toma posición en Bailen despues de atravesar á viva fuerza los desfiladeros de Sierra Morena.—Establécese Gobert en la Carolina.—Obstinación del general Dupont en permanecer en Andujar.—Reunidos los insurgentes de Granada con los de otros diferentes puntos de Andalucía preséntanse el 13 de julio delante de Andujar, y atacan esta posición sin obtener un gran resultado.—Vedel, que se había apresurado á dirigirse intempestivamente desde Bailen á Andujar, recibe órden para regresar en tiempo poco oportuno desde Andujar á Bailen.—Mientras esta ciudad queda libre de las tropas francesas, atraviesa á viva fuerza el Guadalquivir el general español Reding, y habiéndose opuesto á su paso el general Gobert muere en el campo de batalla.—Reemplazo de Gobert por el general Dufour.—Dando crédito á rumores falsos, referentes á que los españoles se habían dirigido por un camino de travesía á los desfiladeros de Sierra Morena, los generales Vedel y Dufour, se apresuran á marchar hacia la Carolina, volviendo á dejar descubierto á Bailen.—Consejo de guerra en el campo de los insurgentes.—Decidese en él atacar el último de

aquellos puntos, atendidas las dificultades que ofrece la toma de Andujar.—Atacada Bailen á consecuencia de esta decisión, es ocupada sin resistencia.—Sabedor de esta noticia el general Dupont, pónese inmediatamente en marcha hacia esta ciudad.—Encuentra en ella el grueso de los insurgentes.—Batalla desgraciada de Bailen.—Imposibilitado el general Dupont de forzar las filas enemigas para incorporarse á sus lugartenientes, se vé obligado á pedir una suspensión de armas.—Tardío é inútil regreso de los generales Dufour y Vedel sobre Bailen.—Conferencias que produjeron la desastrosa capitulación de Bailen.—Violación de estas capitulaciones al muy corto tiempo de haber sido firmadas.—Retiénesen prisioneros á los franceses que debían ser conducidos á Francia, con libertad de poder continuar luego sus servicios.—Barbaros tratamientos que experimentaron.—Funestos efectos de esta noticia en toda España.—Entusiasmo de los españoles y abatimiento de los franceses.—Españado el rey José con la nueva de estos acontecimientos resuelve abandonar á Madrid.—Retirada del ejército francés sobre el Ebro.—El general Verdier que logra penetrar en Zaragoza á viva fuerza, y hacerse dueño de parte de la ciudad, se ve obligado á evacuarla para incorporarse al ejército francés en Tudela.—El general Duhesme, despues de una infructuosa tentativa contra Gerona, se vé precisado á encerrarse en Barcelona sin haber podido ser auxiliado por el refuerzo del general Reille.—Reacción producida por estos acontecimientos en Portugal.—Alzamiento general de los portugueses.—Esfuerzos del general Junot para reprimir la insurrección.—Prontitud con que acude el gobierno británico á secundar la insurrección de Portugal.—Envío de otros muchos cuerpos de ejército á la Península.—Desembarco de sir Arturo Wellesley en la embocadura del Mondego.—Marcha del mismo sobre Lisboa.—Brillante acción dada por tres mil franceses contra quince mil ingleses á Rolicia.—Apresúrase Junot á salir al encuentro de los ingleses con escaso é insuficiente número de fuerzas.—Batalla desgraciada de Vimeiro.—Capitulación de Cintra, estipulando la evacuación de Portugal.—Réstales ya únicamente á los franceses de toda la Península el terreno que media entre el Ebro y los Pirineos.—Desesperación del rey José y vivos deseos que manifiesta de regresar á Nápoles.—Sentimiento que espresa Napoleón, pronta y cruelmente castigado de sus faltas.

Quando Napoleón dejó á Bayona para visitar á su regreso á París, la Gascuña y la Vendée, ya no conservaba ninguna de las ilusiones que había abrigado por un momento, relativamente al espíritu público de la España, y á la facilidad con que

presumió haber podido disponer de ella. Una insurreccion parcial al principio, pero que llegó á ser universal con una rapidez asombrosa, acababa de estallar, haciendo llegar hasta él los ecos de un ódio implacable. Contaba, empero, para reprimir esta insurreccion, cuyos síntomas podian muy bien hacer presumir hasta entonces, que seria semejante á la de las Calabrias, con sus jóvenes soldados y algunos regimientos aguerridos que habian recibido orden de marchar á los Pirineos: y si bien es verdad que tal vez empezaba ya á sentir un desengaño, y que quizás se hallaba pesaroso de haberse metido en tan árdua empresa, faltábale, no obstante, mucho que aprender sobre el particular, y estábale reservado, para antes de restituirse á París, el conocer á fondo todas las consecuencias de la falta cometida en Bayona.

Pasado el mes de marzo, los españoles espermentaron en corto tiempo las emociones mas encontradas. Concibiendo esperanzas á la presentacion de las tropas francesas, llenos de regocijo con la caida de la antigua córte, y de ansiedad al ver obligado á Fernando VII á ir á buscar á Francia el reconocimiento de su régio título, tardaron muy poco en comprender lo que trataba de hacerse en Bayona, y encendióse al punto en su corazon el ódio mas ardiente. Este sentimiento, en honor de la verdad, no era en todos igualmente intenso y profundo. Las clases elevadas y aun una gran parte de la clase media, apreciando los beneficios que podia reportar la regeneracion de la España por las manos civilizadoras de Napoleon, animadas contra el extranjero de sentimientos menos salvajes que los de la plebe, y menos propensas que

esta á los disturbios, lamentaban y sufrían únicamente por la mortificacion de su orgullo, vivamente herido por la manera con que se pretendia disponer de su suerte. Esto no obstante, si se hubieran empleado con ellas los debidos miramientos, y desplegado ante su vista con rapidez un número de fuerzas irresistible, quizás hubiera sido dable el contenerlas y aun tal vez atraerlas á nuestra devocion. Pero el pueblo, y los frailes con especialidad, estaban tan exasperados, que para dulcificar el sentimiento de su ultrajado orgullo, eran insuficientes la esperanza de una regeneracion, cuyas ventajas eran incapaces de apreciar, ni la tolerancia respecto al extranjero á quien detestaban, ni el amor al reposo, ni el temor al desórden. Aquel pueblo, asi el de las calles como el de los campos y el de los conventos, vehemente, ocioso, cansado mas bien de la tranquilidad que anhelante de ella, é indiferente al incendio de las ciudades y á la tala de los campos, en los que nada poseía, se aprestaba á satisfacer á su manera el mismo instinto de agitacion que satisfizo en 1789 el pueblo francés emprendiendo y ejecutando una gran revolucion democrática: hallábase dispuesto á desplegar para el sostenimiento del antiguo régimen todas las pasiones demagógicas que habia desplegado el pueblo francés para la fundacion del nuevo: iba, en fin, á ser tan violento, tumultuoso y sanguinario en defensa del trono y del altar, como lo habia sido contra ambos su vecino, é iba á serlo en proporcion de la efervescencia de su sangre y de la ferocidad de su carácter. Hay que confesar, sin embargo, que los sentimientos que acabamos de describir, hallábanse mezclados en el pueblo espa-

ñol con un sentimiento generoso: el amor al suelo patrio, á sus reyes y á su religion, objetos que le eran igualmente caros, y bajo cuya noble inspiracion estaba destinado á dar inmortales ejemplos de constancia y muy frecuentemente de heroismo.

Ni soy ni seré jamás adulator de la multitud. Hállome, al contrario, dispuesto á provocar su tiránico poder, ya que me ha tocado en suerte vivir en un tiempo en que domina y perturba el mundo. Esto no obstante, le hago la debida justicia, reconociendo que sino vé, siente en cambio, y que en las raras ocasiones en que es preciso cerrar los ojos y obedecer á los instintos de su corazon, en vez de un consejero á quien convendria escuchar, es mas bien un torrente cuya fuerza hay que seguir. Las inspiraciones del pueblo español, por lo tanto, aunque rechazaba un excelente príncipe y unas buenas instituciones al rechazar la monarquía del rey José, tal vez serian mejores que las de las clases elevadas. Obró noblemente al negarse á recibir un beneficio que procedía de una mano estraña, y á pesar de su ceguera, vió con mas claridad y mejor que los hombres perspicaces, al creer que podía hacer frente á un conquistador á quien no habian podido resistir los mas formidables ejércitos y los mas expertos generales.

La partida de Fernando VII. á la cual sucedió la de Carlos IV y la de los infantes, habian revelado claramente las intenciones de Napoleon, y el pueblo de Madrid, sin aguardar á mas, se sublevó el 2 de mayo, de la manera que dejamos dicha en el precedente libro. Verdad es que este alzamiento le valió el ser acuchillado por las tropas de Murat; pero tambien tuvo la satisfaccion indecible de de-

gollar unos cuantos franceses, que sucumbieron aisladamente á los golpes asestados por su mano. La nueva de la partida de la familia real esparcida en un abrir y cerrar de ojos por Estremadura, Andalucía y la Mancha, hubiera bastado por sí sola, para hacer estallar el incendio que ardia subterráneamente; pero la pronta y terrible represion ejecutada por Murat, heló de espanto á las provincias y logró contenerlas por algun tiempo. Los semblantes de sus moradores manifestábanse melancólicos y taciturnos, al propio tiempo que revelaban el mas profundo rencor. Cedióse por el pronto al temor de una mano amenazadora; pero las narraciones exageradas de la sangre vertida en Madrid, y los pormenores de los acontecimientos de Bayona, propagados por la correspondencia de los conventos, acrecentaban por instantes el concentrado furor de que se hallaban poseidos los ánimos, é iban preparando una nueva esplosion, tan súbita, tan universal, que ni el golpe mas oportuno hubiera sido suficiente para detenerla.

Nó obstante, si Napoleon dando mayor importancia á esta grave empresa, hubiera diseminado por todas partes las fuerzas suficientes; si en vez de los ochenta mil bisoños hubiese tenido ciento cincuenta mil soldados aguerridos para reprimir á la vez á Zaragoza, Valencia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, como lo estaban Madrid, Burgos y Barcelona; si la quebrantada salud, por último, de Murat le hubiese permitido atender y mostrarse en todos los puntos, quizás hubiera podido impedirse la propagacion del incendio, en la suposicion de que sea dable á la fuerza material, máxime cuando se halla esta fuertemente sobreescitada. Desgraciada-

mente, y mientras que el general Moncey ocupaba con veinte mil reclutas el ala izquierda de la capital, desde Aranda á Chamartin; mientras que el general Dupont cubria la derecha desde Segovia al Escorial con diez y ocho mil soldados; mientras que el general Bessieres con unos quince mil dominaba á Castilla la Vieja, y con diez mil el general Dubesme á Cataluña (1), Asturias por retaguardia, Galicia por la derecha, Aragon por la izquierda, y por la parte de vanguardia Estremadura, la Mancha, Andalucia y Valencia, permanecian libres, y contenidas únicamente por las autoridades españolas, deseosas á no dudarle, de la conservacion del orden, pero lastimadas de dolor, al propio tiempo, y con un ejército á su mando que participaba de todos los sentimientos del pueblo. Era evidente, pues, que estas autoridades no podian desplegar una grande energia para reprimir una insurreccion, con la cual simpatizaban en secreto. Habíase logrado contenerla, no obstante, bajo la impresion que produjo el 2 de mayo y merced á la expectativa en que se estaba relativamente á los sucesos definitivos de Bayona, si bien se descubrian en los ánimos de una manera ostensible, señales inequívocas de una ansiedad extraordinaria y de una pasion violenta proxima á estallar.

En esta situacion, y vivamente sobreescitada la imaginacion del pueblo, daba éste acogida á los rumores mas estraños, de los cuales eran el testamento mas comun el viage forzado de la familia real á Bayona. Decíase que los principales personajes

(1) El resto de los 80.000 soldados bisoños enviados á España, hallábase en los hospitales.

del reino serian conducidos, lo mismo que la real familia, á aquella ciudad, la cual llegó á considerarse como una sima que debia tragarse cuanto habia en España de mas ilustre. Que detrás de la monarquía y de los grandes, debia tocarle tambien su turno al ejército, cuyos batallones serian conducidos uno tras otro á Bayona, y de allí á las costas del Oceano, donde se hallaban ya las tropas del marqués de la Romana, con el objeto de hacerlos perecer en alguna lejana guerra intentada para el engrandecimiento del tirano del mundo. Y no era esto solo: decíase ademas, que la poblacion entera debia ser arrebatada por medio de un alistamiento general que agoviaria la Peninsula como tenia agoviada á la Francia, y que la flor de la nacion española iba á ser sacrificada á los atroces proyectos del nuevo Atila. Dábanse sobre este punto los mas singulares pormenores, corriendo como cosa cierta la construccion de una gran cantidad de esposas y grillos que habían sido trasportados á las cajas del ejército francés, con el objeto de conducir amarrados de pies y manos á los infelices españoles pertenecientes al alistamiento. Afirmábase haber visto y aun tocado aquellas esposas, de las cuales se decia que las habia á miles, depositadas en los arsenales del Ferrol, donde, sin embargo, no se habia presentado todavía ni un batallon siquiera del ejército francés, donde se trabajaba entonces con la mayor actividad por orden de Napoleon en la restauracion de la marina española, y donde se estaba, en fin, preparando una espedicion para poner las ricas colonias de la Plata al abrigo de los ataques de la Inglaterra. Estos rumores iban acompañados de otros de un valor análogo, referentes á

que regida la España por un rey francés, se obligaría á todo el mundo á hablar y á escribir en este idioma, y á que vendrian acompañando al monarca una nube de empleados que se apoderarian de todos los empleos.

La primera y mas grave consecuencia de estos rumores, fué una desercion casi general del ejército español por miedo de ser trasportados á Francia violentamente. En Madrid llegó hasta el punto de marcharse cada noche de doscientos á trescientos hombres. Escapábanse los soldados sin sus oficiales unas veces, y otras con ellos, llevándose consigo armas, bagages y municiones. Los guardias de Corps, que se hallaban en el Escorial, fueron tambien desapareciendo poco á poco hasta que no quedó ni uno siquiera en el trascurso de breves dias. Y no fué solamente en la capital donde esta desercion se dejó sentir: manifestóse igualmente en Barcelona, en Burgos y en la Cornüa. Los desertores, por lo general, huían ó hacía la parte del Mediodia, ó hacía las provincias cuya agitacion y lejana distancia ofrecian un asilo mas seguro á los fugitivos. Los de Barcelona se dirigian hácia Tortosa y Valencia. Los de Castilla la Vieja procuraban ganar el reino de Aragon y meterse en Zaragoza, cuya comarca era reputada como invencible por los españoles. Los de la Cornüa iban á incorporarse con el general Taranco, que se hallaba á la sazón con sus tropas al Norte de Portugal. Los de Castilla la Nueva, finalmente, huían unos hácia Guadálajara y Cuenca, desde donde tenian buena retirada á Valencia y Zaragoza, y otros hácia Talavera, desde donde Estremadura les ofrecia un asilo seguro é impenetrable. Los generales españoles, habituados á la

subordinacion, daban cuenta exacta de esta desercion espantosa, la cual los iba dejando sin medio alguno para mantener el órden, fuese el que fuese el soberano impuesto definitivamente á la desgraciada España.

No quedaban, pues, más tropas unidas y compactas que las del Mediodia, y las de Andalucía con especialidad, punto el mas lejano de los franceses, y adonde todos hubieran querido ir á no haber sido por esto mismo: desgraciadamente para nosotros aquellas tropas eran las mas numerosas, puesto que ademas de los nueve mil hombres desparramados en el campo de San Roque, delante de Gibraltar, contábase la guarnicion de Cádiz, considerable en todas épocas, y la division del general Solano, marqués del Socorro, que fué destinada primero á la ocupacion de Portugal, traída luego á las cercanias de Madrid, y mandada por último á Andalucía de donde aquel era capitán general. Unida la division del marqués del Socorro á la del campo de San Roque, que mandaba el general Castaños, formaban un cuerpo de ejército de veinte y cinco mil hombres, á cuyas filas no se habia extendido la desercion. Añádanse á esta fuerza las tropas suizas enganchadas al servicio de la España desde mucho tiempo antes. Los dos regimientos suizos de Preux y de Reding se reunieron en Talavera por órden del mismo Napoleon, para ir á incorporarse en seguida en la division primera del general Dupont que debia ir á ocupar á Cádiz, en cuyas aguas, como llevamos dicho, se hallaba surta una escuadra francesa. Habíanse dirigido así mismo sobre Granada por órden del emperador, los tres regimientos suizos estacionados en Torto-

sa, Cartagena y Málaga, en donde el general Dupont debía ir recogidos á su tránsito. Napoleón pensaba que colocándolos, son sus mismas palabras, en una *corriente de opinion francesa*, servirian á la causa de la monarquía moderna y no á la de la antigua. Estábase empero, reservado desgraciadamente verse defraudado en todas sus miras por el movimiento que arrastraba los corazones. Las autoridades militares españolas, así como las clases ilustradas, aun cuando lamentaban poco la suerte del gobierno incapaz y corrompido que acababa de caer, no por eso estaban menos indignadas por los acontecimientos de Bayona, y hubieran desertado de muy buena voluntad hacia las provincias inaccesibles para los franceses. Solamente á Murat, que tenia sobre ellas algun ascendiente, era dable el haberlas mantenido dentro de su deber: pero invadido por una fiebre violenta, débil, postrado en cama, pudiendo soportar apenas que se le hablase de asuntos de guerra, é incomodándole hasta el ruido de los pasos de sus oficiales, habia cobrado aversion al país donde no estaba llamado á reinar; atribuía la culpa de su muerte, que creia cercana, llamaba á su esposa é hijos con gritos dolorosos, y se empeñaba en que se le permitiese ponerse en camino inmediatamente. Era preciso, no obstante, detener mal de su grado hasta la llegada de José á este hombre héroe y débil á la sazón como un niño, por el temor de que llegase á desaparecer completamente con su marcha el fantasma de autoridad de que se servian para ordenarlo todo en su nombre. Sabedores los españoles del estado en que se hallaba Murat, á quien habian trasladado al campo y el

cual no podia por ende mostrarse á ellos, consideraban su enfermedad como un castigo de la Providencia: castigo que por otra parte hubieran querido que recayese, no sobre este general, á quien compadecian mas que detestaban, sino sobre Napoleón mas bien, blanco de allí para en adelante de su inexorable odio. Gentes habia cuya pasión las impulsaba hasta el extremo de decir, que Murat habia sido envenenado por orden de Napoleón, para que bajase con él á la tumba el secreto de sus tramas abominables. ¡Tan cierto es que la imaginación popular, cuando llega á comoverse y sobreescitarse, divaga é inventa sin cuidarse lo mas mínimo no solo de la verdad, pero ni aun de la verosimilitud siquiera!

La ansiedad de los habitantes de Madrid habia llegado á tal punto, que el menor ruido en una calle, las pisadas de un piquete de caballos en una plaza pública bastaban para atraer á ella á la población en masa. En todas las ciudades corrian las gentes á agruparse en torno de los correos para recoger noticias, y permanecian reunidas horas enteras discutiéndolas é interpretándolas. El pueblo, los artesanos, los grandes de España, el clero regular y secular, y las clases todas confundiendo con esa familiaridad tan comun en la Península, pasaban la mayor parte del tiempo en los parages públicos conversando sobre los acontecimientos políticos. La curiosidad, la expectativa, la cólera, y el odio agitaban por donde quiera, de tal modo los corazones, que la mas leve chispa era suficiente para producir un vasto incendio.

Tal era, pues, la disposición de los ánimos cuando se esparció la nueva de las abdicaciones.

forzosas de Carlos IV y Fernando VII, publicadas en la *Gaceta de Madrid* del 20 de mayo, á consecuencia de la manifestacion en favor del rey José dictada al consejo de Castilla: y aun cuando esta nueva no podia, á decir verdad, coger á nadie de improviso, por cuanto ya se sabia por conducto de una porcion de emisarios que Fernando VII se hallaba prisionero en Bayona y acosado por las mas amenazadoras intimaciones para que cediese su corona á la familia Bonaparte, con todo, la publicacion oficial de este sacrificio, obtenido merced al cautiverio del hijo y á la debilidad del padre, obró en los ánimos con indescribible violencia. Mostráronse profundamente indignados por el acta en sí misma, y cruelmente ofendidos por los términos irrisorios en que se hallaba redactada. El efecto fué instantáneo, general, inmenso.

Oviedo, capital de Asturias, hallábase ya á esta sazón en extremo agitada por dos circunstancias accidentales; á saber: por la convocacion de la junta provincial, que acostumbraba á reunirse de tres en tres años, y á causa de una sumaria que se trató de formar á algunos españoles por insultos inferidos al cónsul francés de Gijón. Esta sumaria, ordenada por el gobierno de Madrid, fué acogida con una reprobacion general, que se concibe muy bien, atendiendo á que el que mas y el que menos se sentia en disposicion de repetir lo que habian hecho los autores del crimen que se trataba de castigar. El correo de Madrid trajo la noticia de las abdicaciones, y con ella se colmó la medida de los asturianos. En aquella provincia, que veia á ser una España dentro de otra, y á la cual inspiaban toda clase de innovaciones la misma aver-

sion que manifestára hácia ellas en otro tiempo la Vendée, el espíritu público era tan compacto que las personas mas ilustres simpatizaban completamente con el pueblo. Pusiéronse estas á la cabeza de la insurreccion, y el 24 de mayo, dia de correo de Madrid, se concertaron por mediacion de los frailes y de las autoridades municipales, con las gentes del campo, para apoderarse de Oviedo. A media noche y al toque de rebato, descendió efectivamente el pueblo de la montaña hácia la ciudad, invadióla, é incorporándose á sus moradores, marcharon juntos en busca de las autoridades, las depusieron del mando, y confirieron todos sus poderes á la junta, la cual escogió para presidente suyo al marqués de Santa Cruz de Macerano, personage de los mas ilustres del pais, enemigo acérrimo de los franceses, partidario apasionadísimo de la casa de Borbon, y adornado de sentimientos patrióticos, que nos complacemos en elogiar, por mas que fuesen contrarios á la causa de Francia. A impulso de este personage, consideráronse las abdicaciones como nulas, los acontecimientos de Bayona como atroces, como rota la alianza con la Francia y se declaró solemnemente la guerra á Napoleon. Despues de proceder de esta suerte, apoderáronse de todas las armas que existian en los reales almacenes de la provincia, abundantemente provistos, por constituir su fabricacion una de las industrias mas principales del pais: sacáronse de ellos mas de cien mil fusiles, de los cuales se distribuyó una parte al pueblo, reservando la otra para sustir á las provincias inmediatas: hiciéronse considerables donativos por el clero y los ricos propietarios con espe-



cialidad, para proveer las áreas de la insurrección: proclamóse el restablecimiento de la paz con la Gran Bretaña y decidióse que partieran á Londres á bordo de un corsario de Jersey, dos diputados con plenos poderes para invocar la alianza y socorros de la Inglaterra. Uno de estos diputados fué el vizconde de Matarosa, despues conde de Torreno, célebre entre los hombres de nuestra época como ministro, como embajador, y como escritor de los mas notables.

Pero el entusiasmo de los españoles no podia estallar desgraciadamente sin ir acompañado de las crueldades mas espantosas, y la mucha sangre que se derramó poco despues en otras provincias, iba á correr igualmente en Asturias, si en pro de la honra y fama de este principado, no hubiera logrado contener su efusion un dignísimo sacerdote. Hallábanse á esta sazón en Oviedo dos comisionados, que por instigaciones de Murat habian recibido orden de acelerar la sumaria intentada contra los ofensores del cónsul de Gijón; un comandante general llamado La Llave, que manifestó pocas simpatías hácia una insurrección, á su juicio, en extremo imprudente, y el coronel de los carabineros reales, y el del regimiento de Hibernia, que mostraron una opinion contraria á la de sus subalternos, cuando se trató de decidir si convendria estorbar ó favorecer el movimiento popular. Declarados traidores los cinco por la voz pública, la autoridad recientemente constituida, se vió precisada á ponerlos presos para acallar y apaciguar al populacho. Con el fin de sustraerlos al furor de este, la junta determinó poco mas tarde hacerlos salir del principado; pero aprovechando el pueblo esta oca-

sion para apoderarse de sus personas, llevó á cabo su intento, y una multitud compuesta en su mayor parte de voluntarios, los tenia ya amarrados á unos árboles para pasarlos por las armas, cuando un canónigo (el clero secular de España se portó en todas las provincias infinitamente mejor que el clero regular) que tuvo la feliz idea de dirigirse en procesion al lugar donde iba á perpetrarse el crimen, logró salvar á las víctimas, poniéndolas bajo la proteccion y amparo del Santísimo Sacramento. No fué este el único esfuerzo del dignísimo clero español para impedir la efusion de sangre; mas quizás seria el único que obtuvo buen resultado, porque la España tardó muy poco en convertirse en teatro de los crímenes mas atroces, perpetrados no solo en las personas de los franceses, sino en las de los españoles mas ilustres y mas amantes de su país.

La insurrección de Asturias se adelantó dos ó tres dias tan solo á la del Norte de España. Burgos donde el mariscal Bessieres tenia su cuartel general, permanecia tranquila. Pero Valladolid, libre de las divisiones del general Dupont, que habia recibido orden para marchar al otro lado del Guadarama, y las ciudades de Leon, Salamanca, Benavente y la Coruña, se conmovieron extraordinariamente con la noticia de las abdicaciones. Esto, no obstante, como las llanuras de Castilla y del reino de Leon no ofrecían obstáculo alguno que impidiese á la caballería francesa atravesarlas á galope, vacilaron algun tiempo en insurreccionarse abiertamente. El reino de Galicia, protegido como el principado de Asturias por montañas casi inaccesibles, fué el primero que respondió á la señal da-

da en Oviedo. En la Coruña, capital de aquel reino, quedaba aun un número considerable de tropas españolas, á pesar de que la mayor parte de su guarnicion habia seguido al general Taranco que se hallaba en Portugal. En Galicia, que puede ser considerada como uno de los principales centros del poder español, dominaba el espíritu de subordinacion militar y administrativa. El capitán general Filangieri, hermano del célebre jurisconsulto napolitano de este nombre, y persona tan ilustrada como prudente, cuerda y generalmente bienquista de la poblacion por su carácter afable, aunque un poco sospechosa para los españoles, por lo que tenia de estrangera, se habia propuesto mantener el orden en la provincia de su mando, y pertenecia al número de los gefes militares y civiles que consideraban la insurreccion imprudente y poco provechosa para el pais. Habiendo llegado á su noticia que el regimiento de Navarra, uno de los que guarnecian la Coruña, se hallaba predispuerto á secundar á los insurgentes, lo hizo salir para el Ferrol, consiguiendo con esta y otras análogas disposiciones ganar algunos dias: así es, que el 30 de mayo aun no habia cundido hasta Galicia la insurreccion que en 24 del mismo mes habia estallado en Asturias, y que se creia declarada también, ó muy próxima á serlo en Leon, Valladolid y Salamanca. Pero el 30 era el dia de San Fernando, festividad en la que se acostumbraba á enarbolar en el palacio del gobierno y en todos los edificios públicos, banderas con la efigie del santo, y por temor de que la práctica de este inveterado uso se interpretase como un homenaje rendido al soberano, preso á la sazón en Bayona, y á quien habian

obligado á abdicar, se prescindió en aquella ocasion de esta costumbre. Ante semejante espectáculo, el pueblo de la Coruña ya no fué dueño de contenerse por mas tiempo. Agrupóse una inmensa turba, compuesta de hombres, mugeres y muchachos, en torno de la guardia que protegia la entrada del palacio del capitán general, y empezó á gritar desafortadamente: *¡viva Fernando!* mostrando al mismo tiempo infinidad de estampas con la imágen del Santo rey. Los muchachos, como mas atrevidos, se metieron entre los soldados, que los dejaron atravesar sus filas; siguieron á aquellos las mugeres, y al cabo de un instante vióse el palacio invadido, cuajado de gente, y ondulando en su cima la bandera con la efigie del Santo, que antes no se habia querido enarbolar. El capitán Filangieri se vió precisado á emprender la fuga.

Acto contínuo formóse una junta como por ensalmo, proclamóse la insurreccion, declaróse la guerra á la Francia, ordenóse como en Oviedo un alistamiento general, y distribuyéronse armas entre la multitud, sacando de los reales almacenes cuarenta ó cincuenta mil fusiles, que fueron repartidos á todos los que se ofrecian á empuñar las armas. El regimiento de Navarra fué llamado inmediatamente y recibido en triunfo. El clero y la nobleza se apresuraron á contribuir con donativos, y el tesoro de Santiago de Compostela remitió 2 ó 3.000.000 de reales. Sin embargo, como el capitán general Filangieri era generalmente bienquisto, y como todos reconocian la necesidad de poner á la cabeza de la junta un personage eminente, ofreciéronle la presidencia y consintió en aceptarla. Aquel hombre bellissimo, cediendo aunque á su pe-